

ral González termine triunfalmente la campaña de Morelos — que alta gloria de militar merecerá quien la concluya — y no la ha podido abarcar tu biografía. Yo siento inconcluído tu libro porque, entusiasta y sincero partidario de que la Ley gobierne en todo el País, deploro de verdad que no esté en paz esa hermosa región de México tanto tiempo asolada por esos desatentados que soñaron en la propiedad arrebatada, y que, cuando la reconquistaron, perdido el sentimiento del hogar y en desequilibrio, en sus cerebros, las ideas de respeto a la vida, a la libertad y a los derechos ajenos, no supieron aprovechar el laborioso fruto de sus luchas; y de caída en caída fueron degenerando, hasta convertirse, después de las catástrofes de la Cima y Ticumán, en una muy grave dolencia social: el zapatismo.

No, no ha concluído tu biografía del primer divisionario del Ejército Constitucionalista. En su vida pública, formada en un medio revolucionario y desarrollada entre los incontables combates librados en cinco años contra los poderosos elementos de Huerta y el numeroso ejército de Villa, tiene el general González soberbios relieves; pero el que dará a su nombre — legítimo timbre de honor para el soldado — la gloria más alta en las armas, será el triunfo definitivo en Morelos.

Durante cuatro etapas gubernamentales se ha combatido a las fuerzas de Zapata y Genovevo de la O, y todas las tentativas para exterminarlas se han estrellado contra la inmensa terquedad de esos hombres que yo entiendo ya sólo combaten por instinto de conservación, admirablemente auxiliados por las abruptas serranías y los lujuriosos bosques donde viven y luchan. El gobierno